

Sin perder la serenidad

EL comienzo de las negociaciones sobre el proyecto de Estatut de Sau y el retorno a Barcelona del presidente de la Generalitat, después de una intensa actividad madrileña, son hechos que subrayan la delimitación de funciones de los parlamentarios y de la primera autoridad civil de Cataluña en esta etapa final de recuperación de la autonomía. El mutuo respeto por las respectivas responsabilidades y la concordancia de las fuerzas políticas con la presidencia, situada ésta voluntariamente por encima de aquéllas, han contribuido de manera decisiva a ofrecer una imagen altamente civilizada de Cataluña. De no producirse situaciones anómalas, es de todo punto importante que esta imagen no se quiebre y que cada institución siga por el camino trazado hasta entrar en su plena normalización.

En este sentido, la estancia del señor Tarradellas en la capital del reino —además de aportar soluciones prácticas a problemas de traspasos— ha constituido un prólogo muy útil a las discusiones sobre el Estatut. A pesar de los lógicos antagonismos que pueden suscitar algunos puntos en litigio, la presencia del presidente ha ayudado a la creación de un clima favorable al entendimiento. Una vez más, la autoridad moral del veterano político, su patriotismo exento de demagogia, su clara idea del Estado, su sentido de responsabilidad, su espíritu solidario con los demás pueblos de España, su pragmatismo, el reconocimiento de la gravedad de los complicados problemas socioeconómicos de esta hora, han reflejado un estado de opinión muy generalizado que, evidentemente, influye en la receptividad de la clase política madrileña.

Esa misma tónica de moderación, que no excluye firmeza, de razonada exigencia para lo que es justo, de no perder de vista la necesidad de fortalecer y consolidar el nuevo Estado democrático, para mayor garantía de seguridad y de libertad de todos sus ciudadanos y de eficacia de las propias autonomías, supone que persistirá hasta el término de la negociación. Esta tiene que ser dura, pero no forzosamente dramática. Si la fórmula de autonomía del Pueblo Vasco, que se consideraba mucho más problemática, ha sido hallada satisfactoriamente, no hay razón para que el proyecto de Estatut no encuentre, en lo sustancial, un completo acuerdo. Debe mantenerse, pues, ese clima de serenidad del que tan ejemplarmente han sabido hacer gala hasta ahora los legítimos representantes de Cataluña ante las más altas instancias estatales, asistidos por la fuerza de la razón.

El fuego, plaga nacional

UN día sí y otro también de lo que llevamos de cálido estío, los incendios van asolando bosques y calcinando tierras de este país que apenas tiene bosques y apenas ama a sus tierras. El fuego va devastando, inclemente, masas forestales y monte bajo dejando a su paso la huella apocalíptica de un exterminio impar. Ya no valen advertencias, ni sistemas de prevención, ni alertas a la conciencia individual, porque frente a todo ello se alza la despreocupación, la negligencia, la irresponsabilidad y hasta el desprecio.

El incendio forestal que está ocurriendo en la provincia de Valencia tiene ya categoría de enorme catástrofe y se alza, sobre el censo de siniestros de este tipo, como el de mayor magnitud de los acaecidos en España desde que se elaboran estadísticas, proceso que se emplea desde hace muchos años. ¿Qué triste sino persigue a la provincia de Valencia que ya en el año pasado fue protagonista de dos de los tres incendios forestales mayores habidos entonces?

La desconsideración en que se tienen las normas para prevención de incendios dictadas por el Instituto para la Conservación de la Naturaleza (ICONA) y recordadas cada año por los gobiernos civiles en los respectivos «Boletines Oficiales» de las provincias, alcanza ya tales cotas de incivildad que nos sitúan en una vergonzosa altura internacional jamás igualada por los salvajes comportamientos tribales de los pueblos más atrasados del planeta.

Pero, por desgracia nuestra, siempre progresamos en las desventuras y no hay dato que sea insuperable, porque la posibilidad de escalar cifras más altas de número de incendios y de hectáreas calcinadas constituye casi un reto de interés racional. Si en 1978 el número de fuegos —nada menos que 8.331— casi duplicó el de acaecidos en 1976,

Ruinas y reconstrucciones

El tiempo, ese enemigo

¿Y por qué no resignarnos a que las ruinas sean definitivamente ruinas, y finalmente simples pedruscos informes, polvo, nada? Pienso, ahora, en los monumentos insignes del pasado más o menos remoto: catedrales, palacios, castillos... «Todo lo que nace ha de morir», dijo no sé quién, y la frase no es sino una trivialidad absoluta, o, mejor, una evidencia tan obvia que incluso da vergüenza repetirla. «Todo»: sin descartar la misma geología. En mi infancia nos enseñaron el principio de que «la materia, ni se crea ni se destruye; se transforma». Ignoro si la ciencia actual ha llegado a alguna conclusión distinta. Pero el hecho cierto es que «todo» acaba por «caducar»: quizá no exactamente la «materia» como tal, aunque sí las «formas» en que la «materia» se estructura, y en particular las salidas de la mano del hombre, de su ingenio. La cultura entera, por ejemplo. Y los monumentos, desde luego. El tiempo no perdona. La resistencia al deterioro inflexible será unas veces más duradera, y otras más débil: dependerá de muchas circunstancias. Sólo que, en última instancia, la condena a muerte carece de paliativos.

Le Corbusier publicó un libro con un título significativo: «Cuando las catedrales eran blancas». Si yerro en la cita literal, estoy seguro de conservar su sentido. En efecto, un día, recién construidas, las catedrales, si no eran precisamente «blancas», conservaban el color limpio y joven de la piedra en que fueron talladas sus ojivas, sus gárgolas, sus torres. Por lo demás, tampoco es seguro que todo lo que ahora vemos en los insignes templos fatigados, superficies o relieves tirando a oscuro, no fuesen originariamente policromos. Como las estatuas y las arquitecturas griegas: estamos habituados a su blancura de mármol, y parece que originariamente soportaban verdes, rojos, amarillos, azules, de una viveza que no sabemos imaginar... Quiero insinuar que, con muchos siglos auestas, los monumentos originarios ya han «cambiado». Para la mirada del ciudadano inocente, el Partenón es un residuo, y espacioso albino: un arqueólogo, con conocimientos de causa, nos advertiría de nuestro error. Y es posible que aquellas «ruinas» impresionantes nos gustasen menos. No olvidemos que, por un automatismo de herencia romántica, las «ruinas» tienden a fascinarnos.

Pero el Partenón, y el románico, y el gótico, y el barroco, y lo demás, son víctimas de su fatalidad. Como, mañana, lo serán los colosales edificios de hoy. La arquitectura actual, hasta la más suntuosa, la más cara, la más «monumentaloidal», no tendrá una vida demasiado jovial: dentro de cien años, los aparatosos rascacielos de las grandes urbes actuales darán pena. Ya la dan, muchos de ellos. Bastará un siglo para que parecemos más antiguos que las Pirámides de Egipto. Y serán más feos.

Habrán que demolerlos y sustituirlos. Seguro que no los demolerán y sustituirán por «feos», sino para cubrir unas necesidades perentorias de uso o para evitar peligros de derrumbe. Esta profecía barata no tiene ningún mérito. Asistimos, ya, al cuarteamiento y a la inhabilitación de bloques de pisos que apenas hace tres o cuatro lustros que fueron erigidos. Por supuesto, nadie pensó, al trazar sus planos y cuidar su construcción, que «eso» había de perdurar gloriosamente. Las casas de los pobres, de los medio-pobres y no pocas de los ricos, en cualquier momento de la historia, no fueron pensadas como «monumentos». Todo lo contrario: estaban destinadas a perecer a corto plazo, para dar paso al relevo de nuevos estilos, nuevas comodidades, mejor rentabilidad, otra noción de la higiene. Las casuchas góticas eran tan góticas como la catedral pertinente: la catedral se salvó, provisionalmente, de la piqueta (y no siempre), pero lo otro, no.

La pasión «culturalista» de las últimas generaciones se ha aplicado a «salvar» cuanto de «antiguo» cayó a su alcance. Y «antiguo» es ya lo de anteaer. Un Gaudí, pongo por caso, ¿no pide esa «salvación»? Más todavía: se pasa de «salvar» a «restaurar». Esto de «restaurar» siempre me alarmó, y continúa alarmándome. Conservar unas «ruinas», o trabajar para que no sean «más ruinas», me parece magnífico. Si conviene, los remiendos y los apoyos para aplazar su desaparición serán admirables. Lo fastidioso es la llamada «restauración», y no digamos la «reconstrucción», que viene a ser uno y lo mismo, a menudo. Hay una especie de epidemia «restauracionista», encomiable en sus intenciones, pero que constituye una falsificación descarada del monumento. Y eso vale también para la pintura o la escultura. «Restaurar», en la mayoría de los supuestos, es suplantar el original. Los arquitectos a sueldo de los cabildos catedralicios, aquí y me temo que en todas partes, se entregaron siempre a esta labor. Una piedra carcomida es reemplazada por otra, acabada de labrar, imitando la pieza inicial. Hasta el punto de que media catedral «restaurada» es un timo artístico. Cuando pasan a «reconstruir», el riesgo es demencial. El resultado se traduce en un mimetismo erudito, si llega a ser erudito, y el vecino y el turista caen en la trampa de creer del XII o del XIII lo que es del XX. Sospecho que un alto porcentaje del gótico europeo, que se nos exhibe, tiene de gótico lo que yo de cardenal, o menos. Las guerras francoprusianas y las civiles han contribuido lo suyo a la depauperación «monumental» del continente.

Lo lógico es que uno acabe por desconfiar. Por desconfiar de los «monumentos» que contempla, y que nunca se sabe si son «restaurados» o «reconstruidos». Un mínimo de decencia internacional ha hecho que la Acrópolis de Atenas apenas haya sido «restaurada» (y lo ha sido): no se han atrevido a «reconstruirla».

Las «reconstrucciones» será preferible dejarlas a la inventiva de los escenógrafos cinematográficos: el Cechil B. De Mille y sus colaboradores, por expresarlo de alguna manera. Eso no hace daño a nadie. Con la prosperidad de las «restauraciones» y de las «reconstrucciones», uno acaba por encogerse de hombros ante el «monumento». Las «ruinas», en principio, son auténticas. Son el monumento filtrado por el tiempo y sus oprobios. Las decadencias dan pena: pero son decadencias y hemos de admirarlas así. Como nuestra propia ancianidad, que crece cada día con aquello que Heidegger denominaba el «ser-para-la-muerte». Pere March en un verso que recoge una idea del Libro de Job, nos lo advertía: «Al punt que hom naix comença de morir». Es un postulado aún más realista que el de Marx. Porque la citación del principio procede de don Carlos: «lo que nace ha de morir». ¿También el marxismo? Sí, también el marxismo. El marxismo teórico agoniza: lo que no es «escolástica» es «heterodoxia». O «revisionismo». No es éste mi tema, aquí. Y, en realidad, no es que estemos destinados a «morir» —hombres, pirámides, acrópolis, pinturas de Leonardo o de Picasso, poemas de Shakespeare o de Rimbaud—, sino que empezamos a morir «al punt que hom naix». Eso es lo que llamamos «historia» en una acepción más que académica, política. Y contra lo que creía Unamuno.

La «ruina» es lo que debe ser: un trabajo humano que, con los siglos y las alteraciones de la lucha de clases, acaba siendo «ruina». Son las fortalezas obsoletas, los grandes monasterios desamortizados, los salones aristocráticos que ya no se aguantan. En tanto que «trabajo» —y «creación», excepcionalmente, hay que rescatarlos de la indiferencia. Pero dejémoslos en su calidez de «ruinas». Todos somos «ruina»: empezamos a envejecer, o a morir, al día siguiente que nos parieron. Los biólogos propondrán otra fecha: no importa. Porque el problema no es «biológico», sino «histórico». Biología e historia son ciencias —si ciencias son— reducidas a la angustia del tiempo. ¿Y qué es el «tiempo»? El «tiempo» es una estupidez metafísica y un desastre autobiográfico, según como se mire. O uno se apunta a Heidegger o a su propia ancianidad, por un lado; por otro, se hace propagandista del «materialismo histórico». Yo soy partidario del «materialismo histórico», propiciado por Marx. Me inquieta la perspectiva de que, como Marx afirmó, también eso «ha de morir», porque nació con él. ¿Entonces?... Me temo que, por debajo y por encima de las teorías, el «tiempo» personal y social sigue su curso. Y las «ruinas», un día, ni siquiera serán ruinas. Gracias a Dios. Serán nada. O serán pura comedia. Es igual. ¿Qué será la «historia»?

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

INGRATITUD DEL AYUNTAMIENTO DE ROSES

Señor Director:
Con profundo asombro y cierta indignación leí el viernes, 13 de julio, en el periódico que usted dirige, que el Ayuntamiento de Roses había decidido no nombrar de nuevo el «Carrer de Devant», ahora San Telmo, carrer Doctor Pi Suñer.
Creo que valdría la pena recordar, a los que quieren usar el nombre de mi abuelo para sus fines políticos, que se le dio ese nombre a la calle tras su fallecimiento, en 1897, o sea en el siglo pasado, no porque fuera ningún político ilustre, sino porque su entrega a la medicina y su humanismo trato para sus convecinos, no pasó desapercibido en aquella época para el pueblo de Roses.
Por el contrario, en 1939, «sí» que su nombre fue borrado de la calle y sustituido por el actual San Telmo, por razones políticas obviamente conocidas por todos y en las cuales no voy a detenerme.
Nunca imaginé que el Ayuntamiento de Roses tuviera una ignorancia tal del que hacer de uno de sus hijos más ilustres que honró al pueblo con creces en el siglo pasado.
Mercedes PI-SUNYER DE TOWNSEND

ARDIO COMO UNA TEA

Señor Director:
Con referencia al siniestro del pasado 12 de julio en Zaragoza, me llamó la atención el comentario de uno de los abnegados profesionales del Cuerpo de

Bomberos de la citada ciudad: «Ardió como una tea».

¿Pudo haberse evitado? Las normas sobre prevención contra el fuego del municipio de Barcelona del año 1974, por ejemplo, se refieren a las vías de evacuación, colocación de extintores, escaleras de emergencia, etcétera. Aun existiendo tales instalaciones, ¿quién dispuso de tiempo para hacer uso de ellas?

La velocidad con que se propagaron las llamas lo impidió, ya que las fibras sintéticas componentes de los muros, moquetas y elementos de decoración que actualmente se utilizan, poseen un grado de inflamabilidad aún superior a la madera o el algodón.

La solución existe. Dichos materiales, en un sencillo tratamiento por alguna de las empresas especializadas que ya existen en España, pueden convertirse en no inflamables. Lo que no existe en España es un Gobierno especializado en redactar de inmediato una norma de obligado cumplimiento sobre inflamabilidad de los materiales de construcción.

Lorenzo DOMINGO
Dr. Ing. Ind.
(Manresa)

EQUIDAD EN EL IMPUESTO DE LAS RENTAS

Señor Director:
En «La Vanguardia» del día 26 de junio último, se cion Cartas de los Lectores, bajo el título «Injusticias en el Impuesto de las Rentas» se publicó una carta firmada por don Alberto Cano Font en el

que desarrolla un supuesto, referido al ejercicio 1979, de dos contribuyentes casados, con 4 hijos y un millón de pesetas de ingreso cada uno.

El primer contribuyente, que denominemos A, obtiene sus ingresos de rendimientos del trabajo y al presentar la declaración le resultan a ingresar en Hacienda 32.900 pesetas. El segundo contribuyente, que denominemos B, obtiene sus ingresos de rentas del capital y al presentar la declaración le resultan a su favor 74.600 pesetas que Hacienda le devolverá en el plazo de 30 días.

El desarrollo en ambos casos es correcto; pero quien no conozca la Ley que regula el impuesto, puede llegar a la conclusión de que se penaliza al trabajador o se premia al capitalista. Yo no contemplo ni lo uno ni lo otro, sino un trato de equidad, de acuerdo con la capacidad económica, cualquiera que sea la fuente de los ingresos. Trataré de reflejar las causas de esos resultados, aparentemente diferentes; entre una y otra declaración.

Al contribuyente A se le han retenido a cuenta 80.000 pesetas y a B 150.000.

A B se le hace una deducción de 37.500 pesetas por inversiones en valores desgravables. Para este merecimiento ha tenido que ahorrar e invertir 250.000 pesetas que le quedan inmovilizadas por tres años. Si A se hubiera sacrificado como B, también se beneficiaría de esa deducción y al presentar la declaración le resultarían a su favor 4.600 pesetas que con las 70.000 que había pagado de menos, por retenciones, suman las 74.600 que se le devuelven a B.

En consecuencia, la diferencia del pago ha sido sólo de 37.500 en premio al ahorro antes indicado; pero para ello ha tenido que reducir su presupuesto fami-

liar en relación con A en 20.833 pesetas mensuales.

Vayamos, pues, a ese premio del ahorro y además de mejorar nuestra posición económica contribuiremos a formar una sociedad más responsable y próspera.

Miguel PEREZ CERESUELA
(Tarragona)

EL CEMENTERIO NUEVO, SIN AGUA

Señor Director:
El problema que me preocupa, viene ya desde hace años, y por eso creo que nos hemos acostumbrado a él, lo cual, como es obvio, no resuelve nada. En el Cementerio Nuevo, y en una capital como Barcelona, no hay agua, no podemos limpiar los manos después de arreglar y decantar nuestros nichos, los grifos están secos y el ambiente también. Es una lástima, pero pasan los años sin resolverse nada.

¡Señores electos por la democracia, en sus manos está!

Juan MARIN RODRIGUEZ

N. de la R.—Escogemos con preferencia para la población —integrada o condensada, según el espacio— las cartas breves, escritas a máquina por una sola cara que puedan aparecer firmadas con nombre y apellido.

Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma carta, y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas recibidas.

que había sido el de mayor siniestralidad desde hacía mucho tiempo, al paso que vamos el año en curso reclamará tan lamentable primacía.

¿No nos aterra el saber que en el año 1978 el número de incendios forestales fue un 275'11 por ciento superior al de 1977; que la superficie arbolada que se quemó en 1978 fue un 512'17 por ciento superior a la del año anterior; que la superficie desarbolada que quedó calcinada fue 543'44 por ciento más que en 1977 y que el total de la superficie afectada por el fuego alcanzó un 531'14 por ciento más que en 1977?

¿Queremos cifras más elocuentes? Aquí están: el número de hectáreas que se incendiaron en 1978 fue cinco veces superior al de hectáreas en las que se efectuaron trabajos de repoblación forestal en el mismo año y fue, asimismo, superior al de hectáreas repobladas por la Administración en 1957, año en el que se alcanzó la cifra de repoblación más alta desde 1940. Los daños directos o indirectos de los incendios forestales en el año pasado fueron valorados en 17.000 millones de pesetas. Quedaron gravemente afectados o destruidos 300.000 metros cúbicos de madera, pro-

ducto en el que nuestro país registra un déficit anual de 75 millones de metros cúbicos. Añadamos también —y aquí está el dato más revelador de nuestra tercermundista educación— que el 45 por ciento de los fuegos forestales acaecidos en 1978 fueron intencionados y el 16 por ciento se debió a negligencias.

¿Tendremos que lamentar que en 1979 se inscriba con mayores desastres forestales que los años anteriores en la humillante historia incendiaria de España? Por ahora, todo parece presagiarlo así.